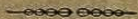


acompañada de su marido, fué á buscarle á las once de la noche al sitio en que se habia ocultado, para ofrecerle un asilo mas seguro en su propia casa. Robespierre no estaba ya en aquel sitio, y madama Roland se fué desde allí á casa de Buzot su comun amigo, y le instó vivamente á que fuese á los Fuldenses, en donde entonces ejercia bastante influencia, á disculpar á Robespierre, antes de que se lanzase contra él el decreto de acusacion.

Buzot titubeó un momento, pero al cabo se decidió. «Haré, dijo, todo cuanto esté de mi parte por salvar á ese desgraciado jóven, aunque estoy muy lejos de opinar como ciertas personas con respecto á él. Piensa demasiado en si para amar la libertad; pero la sirve y esto me basta: iré allí á defenderle.» De esta suerte tres victimas futuras de Robespierre conspiraban aquella noche y sin que él lo supiese, por la salvacion del mismo hombre que andando el tiempo habia de conducirlos al cadalso. El destino es un misterio de donde surgen las mas estrañas coincidencias, y que no arma menos lazos á los hombres por sus virtudes que por sus crímenes. La muerte está en todas partes, pero sea cual fuere la suerte del hombre, solo la virtud es la que no tiene remordimiento jamás, ni se arrepiente de haber obrado segun prescribe el deber. En los calabozos de la consejeria, madama Roland recordó con placer aquella noche. Si Robespierre se acordó tambien de ella cuando llegó al poder, este recuerdo debió ser mas helado en su corazon que el hacha del verdugo.



LIBRO NOVENO.

Recomposicion de los hombres y de los negocios.—Robespierre se crea una tribuna en los jacobinos.—Roland, conducido al poder por sus amigos.—Mr. de Narbona, ministro de la Guerra.—El rey fluctua entre los partidos.—Entusiasmo general por la guerra.—Solo Robespierre resiste á este entusiasmo y le combate.

I.

Despues de la disolucion de la Asamblea constituyente y terminada ya la mision de Roland, éste y su esposa abandonaron Paris. Aquella muger que salia del centro de las facciones y de los negocios en que tanta parte habia tenido, volvió á la *Platiere* á entregarse de nuevo á los cuidados de su casa de campo; pero estos ya no la eran agradables despues de haber participado de la embriaguez de la revolucion. El movimiento general la arrastraba, á pesar de la distancia que la separaba del centro de él, y mantenía una correspondencia seguida con Buzot y con Robespierre, la de este último era seca y meramente política, la de Buzot, tierna y patética á la vez. Su espíritu, su alma, y su corazon, todo llamaba á

madama Roland á Paris. Entre ella y su marido hubo una disension imparcial en la apariencia, para decidir si debian enterrarse en la soledad de los campos, ó volverse á la capital. Pero la ambicion del uno, y el alma de la otra, habian resuelto la cuestion de antemano sin que ellos lo supieran. El pretexto mas fútil bastó á su impaciencia y en el mes de diciembre se hallaban instalados de nuevo en Paris. Por entonces fué cuando sus amigos empezaron á estar en candelero. Petion acababa de ser nombrado corregidor y se creaba una república en el seno de la municipalidad, Robespierre, excluido de la Asamblea legislativa, por la ley que prohibia que los miembros de la constituyente fuesen reelegidos, se creaba tambien una tribuna, en los Jacobinos; Brissot reemplazaba á Buzot en la nueva Asamblea, y su fama, como publicista y como hombre político, reunió en torno de sus doctrinas á los jóvenes girondinos. Estos, llegaban de su departamento con el ardor propio de su edad y con el impulso de otra segunda ola revolucionaria.

A su llegada se alistaron en los cuadros que Robespierre, Buzot, Laclós, Dan'on y Brissot, tenian ya organizados.

Roland, amigo de todos aquellos hombres, pero que figuraba en segunda línea y entre sombras, habia adquirido una de esas reputaciones sordas que son tanto mas poderosas sobre la opinion, cuanto menos brillan esteriormente. Hablábase de él como una virtud de los tiempos antiguos, envuelta bajo la sencillez de un hombre de los campos. Bajo la capa de su silencio se le achacaba la grandeza del pensamiento, y bajo la cubierta del misterio se presentía en él el oráculo. El esplendor y el genio de su muger, hacian que se fijasen en él todas las miradas, y hasta su misma mediania, única potencia de la virtud para naturalizar la envidia, le servia admirablemente. Como nadie le temia, todo el mundo le ponía de manifiesto: Petion para cubrirse, Robespierre para

minarle, Brissot para colocar su mala reputacion al abrigo de una probidad proverbial, Buzot, Vergniaud, Loubet-Gensonne y los girondinos por respeto á su ciencia y por verse arrastrados involuntariamente hácia madama Roland; la misma córte por confianza en su honradez y porque no se alarmaba con su influencia. Este hombre caminaba al poder sin poner nada de su parte, ayudado por el favor de un partido, por el prestigio de lo desconocido sobre la opinion, por el desden de sus enemigos y por el talento de su muger.

H.

El rey se habia prometido un cuanto tiempo, que la ira de la revolucion se mitigaria con el triunfo. Aquellos actos violentos, y aquellas oscilaciones borrascosas entre la insolencia y el arrepentimiento, con las cuales se habia señalado la nueva Asamblea al tiempo de su instalacion, le habian desengañado dolorosamente. Atónito el ministerio á vista de tanta audacia, temblaba, y confesaba en el consejo su insuficiencia. El rey estaba por conservar á unos hombres que tantas pruebas habian dado de adhesion á su persona. Algunos de ellos, confidentes y cómplices suyos, servian al rey y á la reina, bien por medio de relaciones con los emigrados, bien intrigando en lo interior.

Mr. de Montmorin, hombre de disposicion pero que no era apropiado para las dificultades de la época, se habia retirado del ministerio. Los dos hombres de mas nota que habian permanecido en el, eran Mr. de Lessart, ministro de Negocios estrangeros, y Mr. Bertrand de Molleville, ministro de Marina. Colocado Mr. de Lessart por su posicion, entre una Asamblea impaciente, una emigracion armada, un rey indeciso y la Europa amenazadora por

complemento, no podia dejar de sucumbir, á pesar de sus buenas intenciones. Su plan era evitar la guerra á su país por medio de negociaciones y contemporizando cuanto fuese posible; suspender el aparato hostil de las potencias, presentar al rey á la Asamblea intimidada como el único árbitro, y el solo negociador de la paz entre su pueblo y el extranjero. Así esperaba evitar ó cuando menos diferir por algun tiempo, el último choque entre la Asamblea y el trono, y restablecer la autoridad ordinaria del rey manteniendo la paz. Las disposiciones personales del emperador Leopoldo secundaban maravillosamente este pensamiento, que no tenia contra sí sino á la fatalidad que impulsa á los hombres y á las cosas al desenlace mas inesperado.

Los girondinos, y Brissot con especialidad, le asediaban con sus acusaciones, porque veian en él el hombre que mas podia retardar su triunfo. Sacrificándole, sacrificaban todo un sistema, su prensa y sus discursos lo designaban al furor del pueblo, y los partidarios de la guerra le habian destinado á ser su víctima. Este hombre no hacia traicion, pero para aquellos furiosos negociar era sinónimo de ser traidor. El rey que sabia que su conducta era irreprochable, y que se asociaba á él en todos sus planes, se negaba á sacrificarle á sus enemigos, sin lograr con esto otra cosa, que acumular mas resentimientos contra el ministro.

Mr. de Molleville, era enemigo oculto de la Constitución. Este aconsejaba al rey que se sirviese de la hipocresía, cubriéndose con la letra, para matar el espíritu de la ley, marchando por caminos subterráneos á una catástrofe violenta de la cual segun él decia, debia salir triunfante la causa monárquica. Creyendo en el poder de la intriga, mas que en el de la opinion, buscando en todas partes traidores á la causa popular, pagando el espionaje, sobornando todas las conciencias, no creyendo en la incorruptibilidad de nadie, manteniendo inteli-

gencias secretas con los mas rabiosos demagogos, pagando á peso de oro las mociones mas incendiarias á fin de despopularizar la revolucion haciéndola cometer los mayores excesos, y atestando las tribunas de la Asamblea de agentes suyos, que cubriesen de silbidos ó de aplausos los discursos de los oradores, creándose de este modo en las tribunas un pueblo fingido y una falsa opinion. Este hombre, queria servirse de medios muy pequeños para obtener cosas muy grandes, contando con que es tan facil enganar á una nacion, como lo es enganar á un individuo. El rey á quien era muy adicto, le queria como depositario de sus penas y como confidente de sus relaciones con el extranjero, y de sus negociaciones con los partidos, con las cuales le servia de hábil mediador. Mr. de Molleville se mantenía así en equilibrio apoyado en el favor íntimo del rey, y en sus intrigas con los revolucionarios. Este hombre, sabia hablar el lenguaje constitucional y era el depositario de los secretos de muchas conciencias que se le habian vendido. El rey por complacer á la opinion, nombró ministro de la Guerra á Mr. de Narbona, para colocarle entre estos dos hombres. Madame de Staël y el partido constitucional, se acercaron á los girondinos para sostenerle en el ministerio. Condorcet fué el mediador entre estos dos partidos. La esposa de éste, muger de una belleza estremada, se unió á madama de Staël para favorecer al jóven ministro. La una le prestó el brillo de su genio, la otra la influencia de sus encantos. Estas dos mugeres parecia que habian confundido sus sentimientos en una adhesion comun, hacia el hombre á quien ambas preferian. Su mútua rivalidad se sacrificó en este caso á su ambicion.

III.

El punto de contacto del partido girondino con el constitucional en esta especie de fusion, cuya prenda fué

la elevacion de Mr. de Narbona, era la pasion de aquellos dos partidos por la guerra. El partido constitucional la queria para libertar á la nacion de la anarquia interior y arrojar fuera de ella los gérmenes de agitacion que amenazaban al trono. El partido girondino, la deseaba para precipitar los ánimos á adoptar un partido estremo. Este partido se prometia que los peligros en que se veria la patria, le darian fuerza para sacudir de sí el trono, y para dar á luz el régimen republicano.

Bajo estos auspicios se encargó de la cartera de la guerra, Mr. de Narbona. Este tambien estaba por la guerra, pero no la queria para derribar un trono á cuya sombra habia nacido, sino para remover y deslumbrar la nacion, para probar fortuna por medio de un golpe desesperado; y para volver á poner á la cabeza del pueblo armado la alta aristocracia militar de la nacion: componiase aquella de La Fayette, Biron, Rochambeau, Los Lameth, Dillon, Custines y el mismo Narbona. Si la suerte era favorable á las banderas francesas, victorioso el ejército bajo el mando de los gefes constitucionales, dominaria á los jacobinos, afianzaria la monarquía reformada y sostendria el establecimiento de las dos camaras. Si la Francia era derrotada, no cabia duda en que tambien sucumbirian el trono y la aristocracia, pero valia mas perecer noblemente en una lucha nacional entre la Francia y sus enemigos, que estar temblando continuamente para venir á perecer al cabo bajo las picas de los jacobinos. Era esta una política caballeresca y arriesgada que agradaba á los jóvenes por el heroismo que en ella habia, y á las mugeres por el prestigio. Percibiase en ella la sávia del valor francés, y Mr. de Narbona era su campeón en el consejo. Sus colegas Lessat y Bertrand de Molleville, veian en aquel hombre un obstáculo permanente para todos sus planes. El rey fluctuaba como siempre, sin acabar de decidirse; ya adelantando, ya retrocediendo, y en esta indecision se veia á cada instante

sorprendido por algun nuevo acontecimiento. Esta falsa posición le tenia siempre en la imposibilidad de poder resistir un choque, y de impulsar por sí mismo la marcha de las cosas.

Ademas de estos consejeros oficiales, consultaba el rey á los antiguos constituyentes Lamet, Duport, y Barnave. Este último habia permanecido en Paris algunos meses despues de la disolucion de la Asamblea, y trataba de indemnizar por medio de una adhesion sincera á la monarquía, los males que la habia ocasionado en un principio. Su espíritu habia medido la rápida pendiente á donde le habia precipitado el amor del aura popular. A este hombre le sucedió lo que á Mirabeau, á saber: que cuando quiso detenerse era ya demasiado tarde para hacerlo. Entonces se vió asediado por los terrores y por los mas agudos remordimientos. Si su intrépido corazón no temblaba por lo que á él pudiera sucederle, su ternura en favor de la reina y de toda la familia real, le inclinaba á dar al rey unos consejos en los cuales no habia sino una falta: la de que no era posible seguirlos.

Estos conciliábulos que se celebraban en casa de Adriano Duport, amigo de Barnave y oráculo de aquel partido, no servian sino para producir mayor confusion en el ánimo indeciso y vacilante del rey. La Fayette y sus amigos eran tambien entonces del mismo parecer, y La Fayette que el dia anterior dirigia aun despóticamente la opinion pública no podia persuadirse de que su época habia pasado. La guardia nacional que le era adicta creia aun en su omnipotencia política. Todos estos hombres y todos estos partidos, prestaban un secreto apoyo á Mr. de Narbona. Cortesano á los ojos de la corte, aristócrata á los de la nobleza, militar á los del ejército, popular á los del pueblo, y seductor á los de las mugeres, era el ministro universal de la esperanza pública. Solo los girondinos tenian una segunda intencion en el favor aparente que le dispensaban, que era la de engrande-

cerle para poderle precipitar desde mas alto. Mr. de Narbona, no era para ellos sino el instrumento precioso é indispensable que debia preparar su advenimiento al poder.

IV.

Apenas entró en el consejo el jóven ministro, cuando en la discusion de los negocios, y en las relaciones entre el ministerio y la Asamblea, se conoció la actividad, la gracia, la franqueza de su carácter. Su osadía la hizo atreverse á ensayar un sistema de confianza con la Asamblea, que quedó atónita al ver su abandono. Aquellos hombres suspicaces y austeros que hasta entonces no habian visto sino lazos, tendidos con mas ó menos destreza en todo los discursos que habian oido á los ministros, se dejaban seducir por el encanto que habia en los de este. No les habló nunca el lenguaje frio y oficial de la diplomacia, sino el idioma franco y cordial del patriota. Llevaba su cartera á la tribuna y aceptando generosamente la responsabilidad de todos sus actos, desenvolvía allí los dogmas mas queridos del pueblo, haciendo gala de profesarlos él mismo. Entregóse á discrecion, consiguiendo con esto que el arrojo impetuoso de su alma se comunicase aun á los hombres menos fáciles de seducir. La nacion gozaba al contemplar un aristócrata á quien sentaba tambien su traje, y que profesaba los mismos principios y tenia las mismas pasiones que ella. El ardor de su patriotismo no dejó que se resfriase aquel movimiento, que confundia en él al rey y al pueblo. Este hombre hizo prodigios de actividad en el corto tiempo de su administracion. Recorrió y puso en estado de defensa las plazas fuertes, creó ejércitos, arengó á las tropas, impidió la emigracion de la nobleza en nombre del pe-

ligro comun, nombró generales y volvió á poner en juego á La Fayette, á Rochambeau y á Luckner. Un ardor patriótico cuyo principal autor era él, se apoderó de toda la Francia. Haciendo del trono el centro nacional de la defensa del pais, logró que el rey fuese querido por la mayor parte de los franceses. Los partidos se reconciliaron en el entusiasmo de la patria. Su elocuencia era enteramente militar y tan rápida, brillante y sonora como el manejo de las armas. La efusion del corazon constituía su carácter. Ponia su alma de manifiesto ante los ojos de sus adversarios y esta confianza cautivaba á todo el mundo.

El dia que fué nombrado ministro, en vez de anunciar su nombramiento dirigiendo una comunicacion oficial al presidente de la Asamblea, se presentó allí y pidió en seguida la palabra. «Vengo, dijo, á ofrecer un profundo respeto al poder popular de que estais revestidos; una firme adhesion á la Constitucion que he jurado; y un amor denodado por la igualdad y por la libertad; si, por la igualdad que aunque no tenga ya adversarios, no deja por eso de tener necesidad de celosos defensores.» A los dos dias atrajo en su favor toda la Asamblea al hablar de la responsabilidad de los ministros. «Acepto, dijo, la definicion que acaba de darse de la situacion de los ministros, diciendo que la responsabilidad quiere decir *la muerte*. No escaseeis las amenazas con respecto á nosotros, ni trateis de disminuirnos los peligros. Cargadnos sobre todo de trabas personales, pero al mismo tiempo, dadnos los medios necesarios para que hagamos que marche la Constitucion. En cuanto á mi, aprovecho esta ocasion para rogar encarecidamente á los miembros de la Asamblea, que me informen de todo cuanto crean que puede ser útil al bien público en mi administracion. Nuestros intereses y nuestros enemigos son unos mismos. Lo que debe llevarse á ejecucion no es la letra de la Constitucion sino su espíritu... ¡No hay

que contentarse solo con cumplir con el deber, lo que necesitamos principalmente es salir bien con nuestra empresa! Vosotros vereis que el ministro está convencido de que no puede salvarse la libertad por otro medio, que con vosotros, y por vosotros. Dejad por un momento de desconfiar en nosotros. No nos condeneis hasta que lo hayamos merecido; entre tanto, dadnos con confianza los medios de poder servirlos.»

Semejantes palabras, hacian impresion aun en los ánimos mas prevenidos. Se votó la impresion de este discurso y su remision á los departamentos. Para cimentar esta reconciliacion entre el rey y la nacion, Mr. de Narbona se presentó en las comisiones de la Asamblea, las comunicó sus planes, discutió con ellas las medidas que se proponia adoptar, é inclinó los espíritus con solo este paso, á interesarse en sus resoluciones.

Esta mancomunidad de gobierno era el verdadero espíritu de la Constitucion. Los demas ministros no veian en ella sino una humillacion al poder ejecutivo, y una abdicacion de la dignidad real. Mr. de Narbona, creia por el contrario que era el solo medio de reconquistar el espíritu de la nacion á favor del rey. La opinion habia disminuido las prerogativas del trono; solo ella podia reintegrarle en ellas y consolidarlo. Obrando de este modo, consiguió Mr. de Narbona hacerse un ministro enteramente popular y arrastrar tras si la opinion pública.

Cuando el emperador hizo comunicar al rey un mensaje alarmante respecto á la seguridad de las fronteras, el rey pasó personalmente á la Asamblea para enterarla de las disposiciones enérgicas que pensaba tomar. En cuanto salió Luis XVI del congreso, volvió á entrar Mr. de Narbona, y subió á la tribuna. «Voy á marchar inmediatamente, dijo, á recorrer nuestras fronteras y á inspeccionar por mí mismo lo que pasa, no porque crea fundada la desconfianza que tiene el soldado en la oficialidad, sino por que espero disiparla hablando á unos y

otros, en nombre de la patria y del rey. Diré á los oficiales, que las antiguas preocupaciones y un amor al trono, llevados mas allá de lo conveniente y justo, han podido hacer escusable su conducta por un cuanto tiempo; pero que la palabra traicion no está en el diccionario de las naciones que conocen el honor. A los soldados les diré: Vuestros oficiales continuan en las filas de la nacion, y están ligados á la revolucion por el juramento y por el honor. La salvacion del Estado depende de la disciplina de su ejército. Desde aqui, voy á entregar mi cartera al ministro de negocios estrangeros, y es tal mi confianza, y tal la que debe tener la nacion en su patriotismo, que desde ahora me constituyo responsable de todas las órdenes que dé en mi nombre durante mi ausencia.» Mr. de Narbona se mostró con este discurso tan hábil como magnánimo. El conocia interiormente que el crédito que tenia en la nacion, era suficiente para cubrir la impopularidad de su colega Lessart denunciado ya por los girondinos, y de este modo se situaba entre estos y su víctima. La Asamblea se veia arrastrada por este hombre singular. Obtuvo pues veinte millones para los primeros aprestos, y el baston de mariscal de Francia para el anciano Luckner. La prensa y hasta los mismos clubs le aplaudieron. La decision general por la guerra, podia mas que cualquier otro resentimiento.

Solo un hombre resistia en los jacobinos este entusiasmo universal, y este hombre era Robespierre. Hasta entonces no habia sido este sino un mantenedor de ciertas ideas, un agitador subalterno, infatigable é intrépido, pero de escasa importancia entre tantos grandes nombres. Desde aquel dia se convirtió en un hombre de estado. Sintió su fuerza interior, apoyó esta fuerza en un principio, y se atrevió á combatir solo abogando por la paz. Se sacrificó sin reparar en el número de sus adversarios, y con ejercitarla, adquirió mucha mas fuerza de la que anteriormente tenia.

La cuestion de paz ó de guerra, se agitaba en los gabinetes de los principes amenazados por la revolucion. En los consejos de Luis XVI; en los conciliábulo de los partidos, en la Asamblea, en los jacobinos, y en la prensa periodística. El momento era decisivo. Era tambien evidente que las negociaciones entre el emperador Leopoldo y la Francia con motivo de las grandes reuniones de emigrados en los estados dependientes del imperio, toraban ya á su término, y que antes de mucho tiempo, ó el emperador daria una satisfaccion á la Francia, disipando aquellas reuniones, ó esta le declararia la guerra, y con semejante declaracion traeria sobre si las hostilidades de todos sus enemigos á la vez. Esto era un desafio en el cual la Francia arrojaba el guante á toda la Europa. Ya hemos visto que estaban por la guerra los hombres de estado, los revolucionarios, los constitucionales, los aristócratas y los jacobinos. La guerra era para todo el mundo una apelacion á la suerte; impaciente la Francia, queria que la derrota ó la victoria se pronunciasen por ella. La victoria la parecia la única salida posible á sus dificultades interiores; la derrota tampoco la asustaba. Creia en ella, y sin embargo, desafiaba á la muerte. Robespierre pensaba de otra manera muy distinta.

Este comprendió dos cosas: primera, que la guerra era un crimen gratuito con el pueblo; segunda, que aun cuando terminase felizmente perderia á la democracia. Robespierre consideraba la revolucion como la aplicacion rigurosa de los principios de la filosofia política á las sociedades. Criado, convencido y apasionado por Juan Jacobo Rousseau, el *Contrato social* era su evangelio; la guerra hecha con la sangre de los pueblos, era á sus ojos lo que será siempre á los de todo sabio, una matanza en masa, para satisfacer la ambicion de unos pocos, y solo gloriosa en el caso de ser defensiva. Robespierre no creia que la Francia se hallase en un apuro tan grande, que no pudiese salvarse por otro medio que el de abrir

aquella vena de la humanidad de donde saldria la sangre á torrentes. Convencido de la omnipotencia de las nuevas ideas cuya fé y fanatismo abrigaba en su alma, inaccesible á toda clase de intriga, no temia que algunos principes fugitivos y algunos miles de aristócratas emigrados, pudiesen imponer leyes á una nacion cuyo primer suspiro de libertad habia sido bastante fuerte para levantar el trono en peso, y con él á la nobleza y el clero. Tampoco pensaba que las potencias europeas desunidas é indecisas, osasen declarar la guerra mientras no fuesen atacadas, á una nacion que proclamaba la paz. Robespierre tenia una conviccion intima de que los ejércitos europeos serian derrotados si la perversidad de sus respectivos gabinetes llegaba hasta el extremo de intentar aquella cruzada contra la razon humana; porque creia que habia una fuerza invencible en la justicia de cualquiera causa; que el derecho aumentaba la energia de un pueblo; que su desesperacion equivalia á un buen ejército; y que Dios y los hombres estaban por el pueblo.

Pensaba ademas que si era del deber de la Francia el propagar á los demas pueblos las luces y los beneficios de la razon y de la libertad, el destello natural y tranquilo de la revolucion francesa sobre el resto del mundo, seria un medio de propagacion mas infalible que el de las bayonetas, que la revolucion debia ser una doctrina y no una monarquía universal fundada con la punta de la espada; y que no se debia coaligar el patriotismo de las naciones contra sus dogmas. El imperio de sus nuevas maximas estaba en las almas segun su modo de ver, y la fuerza de las ideas revolucionarias consistia en su misma luz.

Pero aun comprendió mas: comprendió, que la guerra ofensiva perderia inevitablemente á la revolucion y aniquilaria aquella república prematura de que se hablaban los girondinos, pero que él no acertaba á definir

bien todavía. Si la guerra es desgraciada, se decia aquel hombre interiormente, la Europa sofocará sin esfuerzo bajo el peso de sus ejércitos, el primer germen de ese nuevo gobierno que aunque tendrá algunos mártires que sabrán morir confesándolo, no tendrá un país donde poder renacer. Si la suerte de la guerra nos es ventajosa, el espíritu militar cómplice perenne del espíritu aristocrático, el honor, que es la religión que une al soldado al trono, y la disciplina, que es el despotismo de la gloria, ocuparán el puesto de las virtudes varoniles á que el ejercicio de la Constitución habria acostumbrado al pueblo; y este pueblo se lo perdonará todo hasta la misma esclavitud á los que le hayan salvado. El reconocimiento de una nación hácia los gefes que hayan conducido sus hijos á la victoria, es un lazo en que caen siempre los pueblos. Ellos mismos doblarán voluntariamente la cerviz para que les impongan el yugo, y sus virtudes cívicas palidecerán ante el brillo de las hazañas militares. O el ejército volverá á escudar el antiguo trono; y la Francia tendrá un Monk; ó el ejército coronará al general que tenga mas suerte, y entonces la libertad tendrá un Cromwel. En las dos hipótesis la revolución se le escapa al pueblo, y cae á merced de un soldado. Luego, salvarla de la guerra es libertarla de un lazo que se la tiende. Estas reflexiones acabaron de decidirle. Todavía no habia violencia en sus pensamientos, pero veia de lejos y veia con mucha exactitud y prevision.

Este fué el origen de su rompimiento con los girondinos. La justicia de estos era la política, y en la guerra les parecia que la habia. Con justicia ó sin ella, ellos la querian y trataban de hacerla servir de instrumento para derribar el trono, y procurar su propio engrandecimiento. Todo el mundo puede ver en esta contienda si las faltas primeras estuvieron en los demócratas ó en los hombres esencialmente ambiciosos. Este combate encarnizado que debia concluir por la muerte de ambos partidos

se abrió el 12 de diciembre en la sesión nocturna del club de los Jacobinos.

V.

«He meditado seis meses, ó por mejor decir, desde el primer día de la revolución, dice Brissot que era el alma de la Gironda sobre el partido que voy á sostener. Por la fuerza del raciocinio y por la de los hechos, he llegado á tener la convicción de que un pueblo que ha conquistado su libertad despues de diez siglos de esclavitud, tiene necesidad de guerra. La necesita para consolidar la libertad y para purgar la Constitución de los restos del despotismo, nosotros la necesitamos ahora, para hacer desaparecer á todos los hombres que pueden corromperla. Ya que teneis fuerza para castigar á los rebeldes y para intimidar al mundo, tened tambien la audacia que para uno y otro se requiere. Los emigrados persisten en su rebelion y los soberanos extranjeros se obstinan en sostenerles. ¿Puede vacilarse en atacar á los unos y á los otros? Nuestro honor, nuestro crédito público y la necesidad de movilizar y de consolidar la revolución, nos imponen el deber de hacerlo así. La Francia quedaria deshonrada si supiese la insolente sublevación de algunos facciosos, y los ultrajes que un déspota no sufriria impunemente ni quince dias. ¿Qué quereis que piensen de nosotros? No, es preciso que nos vengüemos ó que nos resolvamos á ser el oprobio de las naciones. Es indispensable que tomemos una justa venganza destruyendo esas hordas de bandidos ó que consintamos en ver perpetuarse las facciones, las conjuraciones y los miembros, y en tolerar la audacia cada dia mas insolente de nuestros aristócratas. Estos fundan sus esperanzas en el ejército de Coblenza, y tienen puesta en él toda su confianza. ¿Quereis acabar de un golpe con la aris-

toeracia? ¡Destruid á Coblentza! El gefe de la nacion se verá obligado á reinar por la Constitucion, con nosotros y por nosotros.»

Estas palabras del hombre de Estado de la Gironda hallaban eco en todos los corazones, no solo en el club de los Jacobinos sino en los puntos mas distantes del reino. Los aplausos frenéticos de las tribunas no eran sino la manifestacion de la impaciencia universal de todos los partidos, por obtener un desenlace á aquella crisis. Necesitaba Robespierre tener un alma de bronce para ir á un mismo tiempo contra sus amigos, contra sus enemigos y contra el sentimiento nacional. Esta lucha de una idea contra todas las pasiones, duró algunas semanas sin cansarle. Las grandes convicciones son infatigables, y Robespierre luchó solo, por espacio de un mes, contra todo el resto de la Francia. Sus mismos amigos hablaban con respeto de esta obstinada resistencia. Si no tenían valor para seguirle, se avergonzaban de tributarle los merecidos elogios á que la firmeza de su carácter le hacia acreedor en esta ocasion. Su elocuencia seca, verbosa y dialéctica en un principio, se fué elevando con ejercerla tanto. Los periódicos reproducian todos los discursos de aquel hombre. «¡A ti, oh pueblo, que no tienes medios para hacerte con los discursos de Robespierre, prometo yo dártelos integros!» decia el *Orador del pueblo*, diario de los jacobinos. «Guarda bien las preciosas hojas que van á seguir á esta, en las que hallarás los discursos que te he dicho. Estos son obras maestras de elocuencia, que deben quedar archivadas perpetuamente en todas las familias, para enseñar á los que vengan despues de nosotros, que Robespierre ha existido para la felicidad pública; y para salvar la libertad.»

Despues de haber agotado todos los argumentos que la filosofia, la política y el patriotismo podian suministrar, contra una guerra ofensiva, comenzada bajo la ins-

piracion de los girondinos, fomentada á la sordina por los ministros, conducida por los generales aristocráticos y sospechosa al pueblo, subió Robespierre por última vez á la tribuna, en la noche del 13 de febrero para contestar á Brissot, y reasumió, en una oracion tan hábil, como patética, todo cuanto llevaba dicho anteriormente,

VI.

«¡Si, me habeis vencido! Me paso á vuestro partido, dijo con voz turbada, y pido tambien la guerra: ¡Qué digo! la pido mas terrible y mas irreconciliable que vosotros; yo no la quiero, como acto de sabiduria, de razon, ni de política, sino como último recurso de la desesperacion. La pido con una condicion, que sin duda tambien quereis vosotros, porque no me figuro, que los que han abogado por la guerra hayan querido engañarnos; la pido á muerte, heroica, y tal en fin como el genio de la libertad la declararia á todos los despolismos, tal como el pueblo de la revolucion la haria conducido por sus gefes naturales, y no como la desean quizá ciertos soldados intrigantes, ciertos ministros y ciertos generales ambiciosos, que aunque patriotas no pueden menos de infundir graves sospechas.

«¡Pues bien, franceses! ¡Vosotros, hombres del 14 de julio, que supisteis conquistar la libertad sin guias y sin gefes; venid, venid pues; formemos ese ejército que, segun vosotros decís, ha de conquistar el universo! Pero ¿dónde está el general que defensor imperturbable de los derechos del pueblo y enemigo nato de los tiranos, no respire jamás el aire emponzoñado de las córtes, y cuya virtud esté comprobada por el odio y por la desgracia en que está en aquellas; aquel general, cuyas manos puras no se hayan teñido en nuestra sangre, y que sean dig-

nas de llevar delante de nosotros la bandera de la libertad? ¿Dónde está ese nuevo Catón, ese tercer Bruto, ese héroe todavía desconocido? ¿Si alguno hay que se reconozca en los rasgos que cabo de trazar, que venga! Nosotros vamos á colocarle á nuestra cabeza.... Pero ¿en dónde está? ¿Dónde están aquellos soldados del 14 de julio, que depusieron ante el pueblo las armas que les habia entregado el despotismo? ¿Soldados de Chateaufieux! ¿En dónde estais? ¡Venid á secundar nuestros esfuerzos! Pero sería mas fácil arrancar su presa á la muerte, que sus víctimas al despotismo. ¡Ciudadanos que habeis tomado la Bastilla, venid! ¡La libertad os llama y os hará la honrosa justicia de colocaros en primera fila!... ¡No responded! ¡La miseria, la ingratitude y el odio de los aristócratas, los han dispersado! ¡Y vosotros, ciudadanos sacrificados en el Campo de Marte en el mismo acto de una confederacion patriótica, no estareis ya con nosotros! ¡Ah! ¿qué habian hecho esas mugeres y esos pobres niños que se revuelcan en su propia sangre? ¡Oh Dios, cuántas víctimas! ¡Siempre del pueblo! ¡Siempre entre los patriotas mas puros! ¡Y los conspiradores poderosos respiran y triunfan! ¡Venid al menos vosotros, guardias nacionales, que os habeis consagrado mas especialmente á la defensa de nuestras fronteras en esta guerra con que la perfidia nos amenaza! ¡Venid! Pero ¿qué es esto? Todavía no estais armados. ¿Cómo! ¿Después de dos años que hace que estais pidiendo las armas, no os las han dado aun? ¡Qué digo! ¡Se os han negado hasta los uniformes, y estais condenados á andar errantes de departamento en departamento, siendo objeto del desprecio de los ministros y de la risa de los patricios, que os pasan revista para gozarse en vuestra miseria! No importa. Venid y pelearemos desnudos como los americanos.

«¿Pero aguardaremos para derribar los tronos á recibir las órdenes del ministerio de la Guerra? ¿Esperaremos para hacerlo la de la corte? ¡Nos mandaran esos

mismos patricios, esos eternos favoritos del despotismo en la guerra que vamos á emprender, contra los aristócratas y los reyes! No. ¡Marchemos solos! ¡pero qué es esto! Los mismos defensores de la guerra me delienen; ved ahí al señor Brissot que me dice, que es preciso que el señor conde de Narbona conduzca todo este negocio, que es preciso tambien que marchemos mandados por el señor marqués de La Fayette; y que solo al poder ejecutivo pertenece conducir la nacion á la victoria y á la libertad. ¡Ah, ciudadanos! ¡Estas palabras han roto todo el encanto! ¡Adios victoria, adios independencia de los pueblos! ¡Si alguna vez caen los tronos de la Europa, no serán semejantes manos las que los derriben! España será aun por algun tiempo lo que ha sido hasta el día. Leopoldo continuará siendo el tirano de Alemania y de Italia y no veremos tan pronto á Catón ni á Ciceron reemplazando en el cónclave á los papas y á los cardenales. Lo digo con franqueza, la guerra tal como yo la concebí y como acabo de proponérsela es irrealizable. Y si la guerra que debemos aceptar es la de la corte, la de los ministros, la de los patricios llamados malamente patriotas, ó la de los intrigantes, ¡ah! en semejante caso lejos de creer en la libertad del mundo, no creo ni aun en la vuestra. Lo mejor que podemos hacer es defenderla contra la perfidia de los enemigos interiores que os están meciendo para que os durmais, con esas heroicas ilusiones.

Voy á reasumirme triste y friamente. He probado que la libertad no tenia enemigo mas temible que la guerra; he probado que ésta aconsejada por hombres sospechosos, no era en manos del poder ejecutivo, sino un medio de destruir la Constitucion, y de acelerar el desenlace de una trama urdida contra la revolucion. Favorecer estos planes bajo cualquier pretexto, es asociarse á los traidores. Todo el patriotismo del mundo, todos los lugares comunes que quieren llamarse políticos no cam-

bían nada á la naturaleza de las cosas. Predicar como lo hace el señor Brissot y sus amigos la confianza que debemos tener en el poder ejecutivo, é implorar el favor del público hacia los generales, es desarmar á la revolución y desposeer á la nación de la poca vigilancia y energía que aun le resta. En la horrible situacion adonde nos han conducido el despotismo, la ligereza, la intriga, la traicion y la ceguedad general; yo no me aconsejo sino de mi corazon y de mi conciencia; yo no tengo consideraciones sino con la verdad, ni soy condescendiente sino con mi patria. Bien sé que algunos patriotas, censuran la franqueza con que presento el cuadro afflictivo de nuestra situacion. No desconozco esta falta. ¡La verdad, no es bastante culpable solo por ser verdad? ¡Ah! con tal que el sueño sea dulce ¡qué importa el despertarse al ruido de las cadenas de la patria y en medio de la calma de la esclavitud! no turbemos, pues, la quietud de esos dichosos patriotas. No, pero que sepan que sin vértigo y sin miedo podemos medir toda la profundidad del abismo en que nos hallamos metidos. Enarbolemos la divisa del Palatino de Posnania: *prefero las borrascas de la libertad á la calma de la esclavitud*. Si el momento de la emancipacion no hubiese llegado todavía, nosotros tendríamos paciencia para aguardarle. Si la generacion presente no estuviere destinada sino á agitarse en el lodo inmundado en que la ha sumergido el despotismo, si el teatro de nuestra revolucion no debe presentar á los ojos del mundo sino una lucha continuada entre la perfidia y la debilidad, entre el egoismo y la ambicion, la nueva generacion empezará á purificar esta tierra manchada con tantos vicios. Ella nos traerá, no la paz del despotismo, ni las estériles agitaciones de la intriga, sino el fuego y el acero para incendiar los tronos y para esterminar á los tiranos. ¡Posteridad mas dichosa que nosotros, tú no nos eres desconocida? ¡Por tí desafiamos las borrascas y los lazos que nos tiende la tirania! ¡Des-

alentados muchas veces por los obstáculos que nos cercan, conocemos la necesidad de lanzarnos hácia tí! ¡Tú serás la que acabe nuestra obra, guarda tan solo en tu memoria los nombres de los mártires de la libertad!» Percibiase en estos acentos el eco del alma de Rousseau.

VII.

Louvet, amigo de Brissot, comprendió la fuerza del discurso de Robespierre, y subió á la tribuna para ver de convencer al hombre que contenía solo á toda la Gironda. Robespierre le dijo apostrofándole directamente, vos solo teneis suspensa la opinion pública. Sin duda que este esceso de gloria estaba reservado para vos; vuestros discursos pertenecen á la posteridad. Ella vendrá á juzgar entre vos y yo. Pero en fin, vos os atraeis una gran responsabilidad persistiendo en nuestra opinion. Sois responsable no solo ante nuestros contemporáneos, sino tambien ante las generaciones venideras. Si, la posteridad vendrá á colocarse entre vos y yo por mas indigno que me considere por mi parte de este honor. Ella dirá: en la Asamblea constituyente, compareció un hombre inaccesible á todas las pasiones, uno de los defensores mas grandes del pueblo. Era preciso estimar y amar en él sus virtudes; era tambien preciso admirar su valor, era adorado por el pueblo, á quien habia servido constantemente, y lo que vale mucho mas es, que era digno de semejante adoracion. Abrióse de repente un precipicio. Distráido aquel hombre por las muchas cosas á que tenia que atender, creyó ver el peligro en donde no le habia, y no le vió en donde existia en realidad. Habia allí otro hombre oscuro, pero cuya atencion no estaba fija sino en el momento presente; ilustrado este hombre por otros ciudadanos, descubrió aquel peligro y no pudo decidirse

á permanecer silencioso; entonces se dirigió á Robespierre y quiso hacérselo tocar con el dedo. Robespierre volvió la cabeza á otro lado. y retiró su mano. El desconocido persistió y salvó el pais....»

Sonrióse Robespierre con el desden de la incredulidad al oír estas palabras. Las súplicas de Louvet y los conjuros de las tribunas no le dejaron tomar la iniciativa en la sesion del dia siguiente. Brissot volvió á entablar la cuestion de la guerra. «Suplico al señor Robespierre, dijo al concluir, que termine una lucha tan escandalosa y de la que nadie saca ventajas sino los enemigos del bien público.» «Grande ha sido mi sorpresa, exclamó Robespierre, al ver esta mañana en el periódico redactado por el señor Brissot, un pomposo elogio del señor de La Fayette. Declaro solemnemente, contestó Brissot, que no tengo ningun conocimiento de la carta inserta en el *Patriota francés*. Tanto mejor, repuso Robespierre, me encanta ver que el señor Brissot no es cómplice de semejantes apologías.» Las palabras se iban envenenando á medida que se envenenaban los corazones. El anciano Dusaulx medió en esta contienda apelando á la concordia que debía reinar entre patriotas y conjurándoles á que se abrazasen. Asi lo hicieron. «Acabo de cumplir un deber fraternal que ha satisfecho mi corazon, exclamó entonces Robespierre. Todavía me queda otra deuda mas sagrada que satisfacer á la patria. Todo afecto personal debe ceder ante los intereses sagrados de la libertad y de la humanidad. Yo podré fácilmente conciliarlos aqui con las consideraciones que he prometido tener á todos los que los sirven. He abrazado al señor Brissot, pero persisto en combatirle; ¡que nuestra paz no repose sobre otra base que la del patriotismo y la virtud!» El aislamiento mismo de Robespierre probaba su fuerza ó influia cada dia mas sobre los espiritus indecisos. Los periódicos empezaban ya á ablandarse en su favor. Marat atacaba á Brissot con sus invec-

tivas. Camilo Desmoulins, en unos pasquines improvisados, descubrió la vergonzosa asociacion de Brissot y Morande, el deshonrado libelista de Lóndres. El mismo Danton, adorador ciego de la fortuna, temiendo engañarse, estaba vacilante entre los girondinos y Robespierre. Estuvo callado mucho tiempo; al fin pronunció un discurso lleno de voces sonoras, pero en el cual se conocia bajo el énfasis de las palabras la vacilacion de las convicciones y el embarazo en que se hallaba su espíritu.

